

humilde penitente de Jesucristo debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dejado reinar la iniquidad en su corazon; mas este dolor es por sí mismo un sentimiento tan tierno, y con el cual se halla tan bien el corazon, que es mas bien una efusion de reconocimiento de amor, que una verdadera pena, y se confunde con la alegría de la virtud: no es mas que un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices. En efecto, nuestro arrepentimiento es la perfeccion de nuestra alegría, y como el recuerdo de una grande escasez y miseria forma el hechizo y las delicias de una libre y gustosa posesion. Los que han pasado por los tormentos del amor profano, son capaces, mas que ningun otro, de sentir vivamente esta verdad.”

“He aquí en suma, Filemon, una idea de los principios que pueden servirte de norma en la conducta que debes observar con tus semejantes. Espero que la misma sabiduría, que me inspira lo que escribo por tu verdadera felicidad, me proporcione ocasion de hablarte de lo que la religion te prescribe en orden á tus inferiores. Jamas siento un placer mas verdadero, que cuando mis diarias ocupaciones me dejan libres algunos instantes que dedicar á la edificacion de un hombre que debe serme tan apreciable, y que tiene unos derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo y ternura.”

No tardaré mucho, responde aquí Filemon, en ver cumplida semejante promesa. He recibido la siguiente instruccion.”

CAPITULO VIII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.

Los deberes del hombre religioso para con sus semejantes.

Empezaré, Filemon, por los criados, pues tienen contigo relaciones domésticas y diarias. A éstos, se seguirán los pobres, á quienes encontramos por todas partes, y concluiré con algunas reflexiones sobre la mansion que te prometes hacer durante una gran parte del año en el tranquilo retiro de los campos, y en medio de tus obremos y vasallos.

“*Si alguno, dice San Pablo, no cuida de aquellos que le pertenecen, y sobre todo, de los que habitan en su casa, éste ha renegado de la fé en su corazon, y es peor que un infiel.* Esta advertencia es terrible, Filemon, mas á ninguno asusta; porque los amos irreligiosos, que han renunciado por sí mismos á las promesas de la religion, están bien lejos de sospechar que ella les prescriba obligaciones para con los demas, y que Dios castigará en ellos la condenacion de los que les sirven. El hombre justo, que solo tiene necesidad de su corazon para velar sobre la salud de cuantos le rodean y están adictos á él, ha cumplido en este punto con todos los preceptos de la fé, antes de saber que ésta amenaza con tan terrible anatema al que descuida de ellos.”

“No es mi designio hacerte una menuda relacion de todo lo que debes á tus domésticos. Dios, que te ha hablado tan clara y eficazmente sobre todo el resto de su ley santa, sin duda no habrá dejado de darte sobre este artículo, tan fundamental de las obligaciones evangélicas, mayores luces que las que puedes sacar de las lecciones de todos los directores de la tierra. Al ilustrarte sobre

tu propia grandeza, te ha dado á conocer el precio y la excelencia de toda criatura que tiene el mismo origen y el propio destino que tú, y cuán vanas y pequeñas son todas las distinciones, que ponen tanta distancia entre los amos y los criados, en comparacion del grande y eterno carácter, que es comun á unos y á otros, y que aniquila, á los ojos de Dios, todos los intervalos que les separan á los de los hombres. Jesucristo, considerando esta unidad de gloria y de inmortalidad, que eleva á sus apóstoles hasta la altura de su propio destino, exclama mirándoles con una especie de admiracion: *¡Ah! ya no os llamaré mas siervos, sino amigos míos.* Así, la religion apoya y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á todos los hombres. Mas aunque la voz de la naturaleza nos clame á todos que somos hermanos, no basta consolar á nadie en las penas, en las miserias, y en la dependencia con que la imperfeccion inevitable de la sociedad de los hombres, decaidos de su primitiva felicidad, tiene sojuzgada la mas numerosa porcion de los que la componen. La religion es la única que nos hace imperceptibles todas las desproporciones, absorviéndolas en la unidad é inmensidad de la hermosa perspectiva que descubre á todo el género humano. La naturaleza no sabe acallar las murmuraciones del endeble, del pobre y desdichado, ni suprimir el orgullo del que se arma de su poder y riquezas, sino diciendo á unos y á otros: *Vuestros huesos serán algun dia dispersados y confundidos en el mismo polvo.* La religion sola es la que hace olvidar al desgraciado y al esclavo, de que hay sobre la tierra mas grandeza que la de ser eterno, y ella es quien desvanece á los ojos de los grandes todos los títulos que les dan la superioridad sobre otros hombres, intimando á todos: “Los que yacen en el seno de la tierra, despertarán algun dia y romperán sus sepulcros, y entonces los justos subirán á la gloria de Dios, y los impíos caerán en el suplicio eterno.”

“Tú, Filemon, á quien la fé ha dado sus ojos, sus sentimientos y su espíritu, y que sabes bien que sola la virtud es la que puede asegurar al hombre un grado de superioridad sólida y verdadera sobre otro hombre; tú que aprendes todos los dias en la escuela del Evangelio, que nada de cuanto hay humano, es menos que tú, y que la menor porcion de la gracia divina en el corazon del mas ínfimo de tus criados, le da mas excelencia que todos los cetos y las coronas, ¿cómo podrás mirar jamas como ajenas de tu celo y cuidado unas criaturas á quienes la eternidad pertenece igualmente que á tí, y que tienen de comun contigo la sola cosa por la cual eres verdaderamente grande, es decir, el poder ser del número de los santos, y el derecho de reinar con Jesucristo en su imperio perdurable? ¡Oh hombres! cualesquiera que seais, grandes y pequeños, ricos y pobres, amos y criados, todos sois reyes; ¿á qué la pena que os tomáis por esas diferencias pueriles y pasajeras, que os distinguen en este rápido viage que haceis para llegar á vuestros tronos?”

“Así que, Filemon, es inútil decirte en particular lo que debes hacer. No es el conocimiento del modo con que se debe obrar el que falta á los que descuidan de sus obligaciones privadas y domésticas: nuestra falta de religion y de miramiento á los grandes motivos que nos da la fé para ser arreglados, es la causa de nuestras mas culpables omisiones, y nos endurece hasta el punto que vemos, sin concebir la menor inquietud al mirar que todo cuanto nos rodea, se descompone y corre á su eterna perdicion. ¡Eh! ¿cómo un hombre que se estima á sí mismo tan poco que limita todo su destino á la vida presente, y que no conserva ninguna esperanza de la inmortalidad, puede ser capaz de tomar ansia por la conducta, las costumbres y la salud de sus criados? *Cuando el hombre es malo para sí,* dice el Salvador, *¿para quién podrá ser bueno?* Segun esto, para formar idea del carác-

ter y de los principios de los que habitan esos suntuosos edificios, en los cuales todo es grande é impone respeto, no es necesario penetrar hasta el íntimo recinto en que están ocultos, ni examinar por menor lo que allí pasa. No hay mas que mirar de paso esos soberbios pórticos, en los cuales un grupo de hombres desocupados é insolentes, hace alarde todos los dias de su estúpida indecencia y de su orgullo grosero; en donde una multitud de criados sin poder, sin ningun principio de conducta, y cuya sola inutilidad es un escándalo público, osa insultar á la miseria del artesano y del pobre, y no se avergüenza de imitar la altanería de sus dueños, afectando todos sus vicios y extravagancias. He aquí el verdadero retrato del espíritu y de las costumbres de los grandes. Para conocerlos, no es necesario verlos, basta pasar por delante de sus palacios.”

“Nada me has dicho, Filemon, de la innovacion y reforma que ha producido en tu casa y en la conducta de los que viven bajo tu dependencia, la mudanza de tu corazon y costumbres. Mas yo sé cuál es el rumbo de las almas á quienes la gracia ilustra, y preveo bien que tu primer paso, en el restablecimiento del orden y de la religion doméstica, habrá sido apartar de tí todos aquellos á quienes no te quede esperanza de hacer mejores, y dirigir tus miras, como el santo rey de Judá, hácia los fieles de la tierra, para llamarles á tí, y no confiar el servicio de tu casa sino á hombres de corazon recto y que anden por caminos inocentes. Ya no se oirá mas en los ángulos y alrededores de tu palacio resonar incesantemente los gritos y las locuras de una tropa de criados ociosos y extravagantes, que á favor de tu indiferencia por todo lo bueno, pierdan bajo el distintivo de la librea de tu vana grandeza, el hábito al trabajo, la modestia y la sobriedad, preparándose por este medio unos dias desgraciados ó acaso su último y mas vergonzoso oprobio.

Habrás escogido criados dignos de tu estimacion, que sepan amar y respetar á los hombres de bien.”

“Figúrome que tu casa, teatro en otro tiempo de una libertad desenfadada y de una perpetua disipacion, ha venido á ser el domicilio de la armonía, de la tranquilidad, del buen orden y de la cordura; que ya no se hallan en ella hombres inútiles; que están cercenadas todas las necesidades del fausto y la vanidad; que ya no tienes, como los poderosos del siglo, el capricho é injusticia insufrible de quitar los labradores del campo, los soldados á la patria, y los artesanos á la sociedad, para formar con ellos el miserable cortejo de tu orgullo, siendo por esta razon la causa de uno de los mas desastrosos abusos del lujo y de la opulencia; que en tu casa cada criado tiene su destino, y á cada hora su ocupacion; que todo está prevenido, arreglado y sábiamente administrado; que ya no te desdeñas de tomar á tu cargo el cuidado tan digno y esencial de un gefe de familia, como es el de estar al frente del gobierno doméstico, de presidir por tí mismo al manejo de los negocios, y de verlos y verificarlo todo por tus propios ojos. Esto es lo que llama el Espíritu Santo saber gobernar una casa. El amor del orden y de la justicia es inseparable de esta vigilancia y de todas estas menudencias; el que descuida de ellas, confiando á otro un cuidado que le pertenece tan personalmente, aun no ha conocido la sabiduría del Evangelio, y merece le suceda lo que siempre sucede á los que su orgullo y su pereza hacen incapaces de toda vigilancia, que es ver la decadencia y la ruina de los recursos necesarios para sostener su estado, la tranquilidad de su vida, y la prosperidad de sus hijos.”

“En fin, Filemon, yo me represento tu casa con todos aquellos rasgos edificantes y amables con que los apóstoles nos han descrito las santas familias de la primera edad del cristianismo. Llamábanse *iglesias* ó *juntas* de

escogidos. Los amos de ellas eran buenos, afables, moderados é indulgentes, porque miraban y amaban en sus criados, á otros tantos *hermanos de la vocacion celestial*. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles, porque temian mas las repreciones de su propia conciencia, que la ira y reconvenciones de sus dueños. Las horas de oracion doméstica desvanecian todas las diferencias de clases y edades, y congregaban en un mismo lugar los esposos, los hijos, los amos y los criados. Estos últimos eran siempre llamados á las santas lecturas, y á las saludables instrucciones que cada padre de familias hacia á ciertas horas á sus tiernos y amables hijos. ¡Oh Filemon! solo un gran corazon puede apreciar y sentir cuán gloriosa es la práctica de una sabiduría tan sublime, y cuán feliz es el hombre que es para los otros de una utilidad tan sólida y extensa. ¡Qué espectáculo tan bello es ver á la religion anonadar todas las preocupaciones humanas, y dar á los grandes de la tierra un modo de pensar y de ver, que les hace respetar unos seres eternos y divinos en aquellos á quienes el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, y que son menos que hombres á los ojos de esos amos soberbios y orgullosos, tan sordos á la voz de la naturaleza, como á la del Evangelio! Yo he hallado alguna vez estas costumbres antiguas y venerables en los palacios de algunos señores retirados al centro de sus haciendas; y debo asegurar, que jamas han visto mis ojos una tal imágen sin derramar copiosas lágrimas, y sin sentir que mi vida no sea una cadena de instantes iguales á los que he pasado en estas moradas en que Dios es tan grande, y los hombres tan buenos y tan felices.”

“Penétrate, ó Filemon, continuamente del espíritu de los tiempos apostólicos; no olvides jamas que los que te sirven son hombres, y que si ellos sirven al Señor, son reyes, y juzgarán algun dia con Jesucristo á los jueces

de la tierra y á los señores del mundo; que el mas gran monarca de la tierra, si no es un hombre justo y religioso, es infinitamente inferior á los mas ínfimos y mas oscuros siervos de Dios; que no es mas que su hermano, si es un cristiano fiel; y que toda criatura recibe todo su valor y estimacion de sus relaciones con el Hombre Dios y de su comunicacion con la soberana Santidad. San Pablo, ocupado todo de esta verdad tan gloriosa y consoladora para los pequeños y desvalidos, se emplea con tanto celo y hace un negocio tan sério é importante de la felicidad de un simple doméstico, como del destino de los césares, y de la salud de naciones enteras. Quiero referirte un pasage que me ocurre al intento.”

“Onésimo era dependiente de la casa de un cristiano de Colosa; mas él no confesaba á Jesucristo, ni conocia su doctrina y promesas. Pronto llegó á experimentar cuán vacilantes é inciertos son todos los principios de virtud y de justicia en los *que no siguen mas que su propia sabiduría*. Onésimo vino á ser un infiel administrador, y engañó á su amo. En este estado, apela á la fuga, y abandona el lugar de su delito y de su deshonra. Es apresado, y cargado como estaba de cadenas en la cárcel de Roma, da en las manos de San Pablo. Este gran Apóstol, se dedica á enseñarle la fé de Jesucristo, y hace un santo de un desgraciado, que estaba pronto á abrazar la delincuente carrera de los bandidos. Admira con qué fuerza y ternura le recomienda á su antiguo señor, y en qué términos solicita la gracia para un criado que ha llorado á los piés de Jesucristo su infidelidad y su desercion. “Yo imploro, dice, tu bondad á favor de “mi querido hijo Onésimo, á quien he engendrado en el “Señor estando en la prision, y al cual te devuelvo como un bien que te pertenece, y como un hombre que “se ha hecho apto para servirte útilmente. Recíbele como á mi sangre, y como un objeto precioso y amado de

“mi corazon. Acaso Dios ha permitido que se aleje de
“tí por algun tiempo, para que se haga mas digno de tu
“amor y pueda permanecer unido á tí con vínculos eter-
“nos. El me ha servido con una tierna puntualidad en
“el tiempo que he sufrido mi cautiverio por el Evange-
“lio, y yo le miro menos como un criado, que como un
“hermano respetable, y á quien amo ardientemente. Si
“es que me amas, recíbele como á mí mismo, é impúta-
“me á mí todos los delitos. Este es el consuelo mas
“dulce que puedes darme en medio de los males que su-
“firo. Así harás que respire gustoso este corazon opri-
“mido con tantas contradicciones y penas.” Este es S.
Pablo, aquel hombre divino, terror de las potencias ro-
manas, el destruidor de la idolatría, el reformador del
culto y de las costumbres del mundo entero, la mas gran
antorcha que ha hecho lucir la verdad en medio del uni-
verso, la admiracion de Aténas, el oráculo de los césa-
res, el mas venerable de todos los doctores y de todos los
bienhechores de la tierra; un hombre como éste es el que
se interesa afectuosamente, y habla así de un miserable
fugitivo de la casa de su señor. ¡Ah, Filemon! es muy
dulce repetirlo; solo en el seno de la religion cristiana se
encuentra la reparacion de la injusticia que las costum-
bres sociales hacen inevitable; y la porcion mas misera-
ble de la humanidad hace muy bien en ser la mas reli-
giosa y la mas inviolablemente adherida al Evangelio, el
cual les restablece tan gloriosamente en su dignidad de
hombres, y en su igualdad original con todo lo que el
mundo llama grandeza y poder.”

“En efecto, aunque la religion no hiciese mas bien que
éste á los hombres, y aun cuando todo el efecto de su
poder sobre nuestro corazon se limitase á excitar en él
los sentimientos de bondad, de dulzura, de humanidad,
de estimacion y de ternura que debemos á todo lo que es
de nuestra naturaleza y de nuestra sangre, ¿no se debería

decir que Jesucristo y los apóstoles, á quienes somos
deudores de una doctrina que nos hace tan buenos y hu-
manos, han sido los verdaderos amigos de los desgra-
ciados; y que los filósofos de nuestro siglo, que se quejan sin
cesar del orgullo y la dureza de los grandes, deberían
muy bien hacer consistir su sabiduría en persuadir y mo-
ver á todos los hombres á que reciban y adoren la del
Evangelio?”

“El amor y el cuidado de los pobres se derivan de los
mismos principios de humanidad y de religion, que aca-
bo de exponerte. Porque no puede brillar la fé en un
corazon, sin excitar en él al mismo tiempo los dulces
sentimientos é inclinaciones de la naturaleza, que acaso
podrán subsistir con la ignorancia involuntaria de la doc-
trina de Jesucristo; pero que se ven siempre alterados en
aquellos que abandonan el Evangelio, despues de haber
adorado su gran luz y reconocido su profunda sabiduría.”

“Yo no diré que los que han caido en esta desgracia,
tengan cerrado su corazon á todo sentimiento de miseri-
cordia y de beneficencia. Por el contrario, debemos re-
conocer que muchos infelices son deudores todos los dias
de una parte de los recursos que sostienen su trabajosa
existencia á cierta clase de hombres, á quienes la fatali-
dad del espíritu de este siglo ha sepultado en el abismo
de la irreligion; y es muy reprobable el celo amargo que
quisiere disminuir el bien que hacen, ó desacreditar los
motivos que les animan. Es muy acreedora al respeto
y á la estimacion toda criatura que consuela á otra, sin
que deba indagarse la intencion que determina su obra;
pues la principal mira de un corazon sólidamente cristia-
no, es que el desvalido sea ayudado, y el indigente so-
corrido.”

“Pero es necesario confesar que todo buen corazon
que se halla asociado al partido de la incredulidad, per-
tenece aun al cristianismo, mas de lo que él piensa, por

lo que conserva de virtuoso, de honesto y de humano; que ha nacido para permanecer fiel al Evangelio; que ha desmentido su carácter abjurando á Jesucristo; y en fin, que no es propio para adoptar el espíritu del partido que se le ha hecho abrazar. Porque el espíritu de impiedad, que no es otra cosa que el esfuerzo del vicio contra la evidencia y necesidad de las obligaciones, se dirige por su naturaleza á abolir toda idea de sujecion y de sacrificio, á aislar al hombre lejos de toda relacion incómoda, á hacerle el centro y último fin de todas sus acciones, y hacer que no busque mas bien que el personal, y por consiguiente, que no estime á sus semejantes sino por el partido que puede sacar de ellos para su propia dicha, y á armarle, si es necesario, para la destruccion de todo cuanto se opone á sus empresas y á sus pasiones insaciables. El que no llegue á este grado de extrema depravacion, y conserve las impresiones de cualquiera virtud, no debe pretender el honor de ser contado entre los espíritus fuertes de este siglo, y habrá sufrido todas las penas y remordimientos que le cuesta el sacrificar los consuelos y esperanzas de la religion, sin haber obtenido plenamente las alabanzas y el sufragio de sus nuevos corifeos.”

“Ademas de que, Filemon, yo siempre atestiguo con tu experiencia, y ninguno es mas competente que tú para apreciar la diversidad que hay entre la caridad cristiana y la humanidad filosófica, y juzgar cuánto mas deben interesarse los pobres en desear que todos los filósofos se hagan cristianos, que en que todos los cristianos se vuelvan filósofos. ¿Ha enjugado acaso demasiadas lágrimas esa humanidad filosófica, cuando no has tenido mas guía que ella en el sistema de beneficencia? ¿Qué comparacion puede haber entre algunas liberalidades raras, cortas y pasajeras, hechas á instancias de las lágrimas y la indigencia, y esos montones de oro, sacrificados tantas

veces al lujo y á la venalidad del vicio? No tengo reparo, Filemon, en recordarte tus extravíos, pues sé que te alegra su recuerdo, y te hace admirar y reconocer incesantemente la gran fuerza de Dios, que te ha restablecido en los caminos y en la luz de la verdadera sabiduría. Tú sabes á cuántos desgraciados podrias haber hecho felices, si hubieses repartido entre ellos los tesoros que has disipado en los ruinosos é insaciables objetos de tus falsos placeres. Tú sabes cómo viven todos los de tu clase que siguen los mismos principios, y á qué se reducen las liberalidades de un poderoso que solo se gobierna por las consideraciones de la filosofía.”

“¡Mas ay! si las ruidosas necesidades de un lujo que todo lo devora no tuviesen cerrados los corazones y los recursos á las necesidades del infortunio, ¿cómo no les habia de interesar un espectáculo que tan raras veces se presenta á su vista? Porque en efecto, ¿no es tan raro que la opulencia que rodea á los ricos, sea accesible á la pobreza, como que la adulacion que cerca los tronos, lo sea á la verdad? ¿En qué circunstancias se puede enternecer un rico de la suerte de un miserable? El goza de la abundancia en el centro de su magnífico palacio, sin sospechar siquiera que mientras el arte y la profusion agotan todos sus recursos para excitar su cansado apetito, y crearle nuevos gustos y agradables sensaciones, millares de madres tiernas y condolidas se ven rodeadas de hijos, que tienden sus inocentes manos hácia ellas, y perecen entre el horror del hambre y la desnudez. Cuando sale á la calle, la velocidad de la ruidosa carroza que le arrastra, le oculta por todas partes á la vista de los míseros humanos; y el pobre, lejos de mirar este tumultuoso y magnífico aparato como un presagio de su consolacion, procura, desde que le avista, huir de él lo mas lejos que puede, temeroso de que su encuentro le haga mas infeliz de lo que es. Solo para la clase sensible de

los ciudadanos que viven en la medianía, está reservada la vista de los males y de las amarguras del indigente. Los que viven trabajosamente, son los que tienen que sufrir la imagen desconsoladora de la extrema miseria, y oír los gemidos de los que viven en la tribulación y la mendiguez: los que son mas semejantes á los pobres, son los perennes testigos de sus penas, y el socorro mas seguro y mas continuo de sus infortunios. Si el miserable, que ignora al acostarse por la noche sobre su austero lecho dónde buscará el pan á la mañana, conserva alguna esperanza de hallarlo, no se funda en los suspiros que irá á exhalar ante los pórticos de los poderosos de la ciudad; sino en el encuentro que la casualidad le proporcione de algunas personas desconocidas, sencillas y ordinarias, siempre prontas á enternecerse y dividir con el infeliz su frugal sustancia y el limitado producto de sus trabajos y de su sudor. Para desconsuelo de la desgraciada humanidad, parece que no pueden hallarse personas sensibles á las solicitudes y trabajos del pobre, sino entre aquellos mismos que sienten una parte de las amarguras de la pobreza.”

“Solo la religion es la que sabe atraer á los grandes al cumplimiento de las obligaciones que nos prescribe la humanidad, y hacerles sensibles á los clamores de la naturaleza; porque ella sola es la que les desprende de sus riquezas, y la que restablece al pobre en su dignidad. Detengámonos por algunos instantes á contemplar este gran carácter de divinidad que brilla en esta profunda doctrina, cuya base fundamental es el menosprecio del oro y de las prosperidades humanas. Tú comprenderás mejor cuál es la fuerza del Evangelio para hacernos buenos y generosos, y producir y mantener esta mútua circulacion de servicios y socorros, de que depende la dicha del género humano, y forma la seguridad y la consistencia de todas las sociedades de la tierra.”

“Con efecto, ningun filósofo, sino Jesucristo, imaginó jamas un sistema de felicidad y de grandeza, fundado en el desprecio de las riquezas y la abnegacion de todos los placeres de las pasiones. Unas miras tan elevadas y tan extrañas á todos los intereses y juicios humanos, no habian ocurrido nunca á persona alguna; y el Autor del cristianismo es el primer sábio que comparece en el mundo diciendo: *Bienaventurados los pobres*; y el que osa decirnos que descende del seno de Dios y nos trae su doctrina desde lo alto, donde habita la verdad eterna. Los que antes de él se habian dedicado al estudio y enseñanza de la sabiduría, no hacian descender sus preceptos de un origen tan augusto, ni nos ofrecian una perspectiva tan rica y tan clara, fuera de los que ofrecen los placeres temporales, para que les ocurriese proponer á los hombres el sacrificio del lujo y de las vanas superfluidades de la vida. Dejábannos demasiado asidos á la tierra para que el mundo, con toda su gloria y grandezas, no nos pareciese un espectáculo encantador y lisonjero.”

“Mas Jesucristo, que pretendia indemnizarnos abundantemente de las abnegaciones y sacrificios que venia á prescribirnos; Jesucristo, que traía al género humano tan grandes esperanzas, y le revelaba cosas tan admirables y profundas; Jesucristo, que nos anunciaba que éramos de la familia de Dios; que nuestro reino, lo mismo que el suyo, no era de este mundo; que el universo, con todo su oro y todos sus tronos, no era mas que un grano de arena ó un átomo imperceptible, comparado con la inmensidad y eternidad de un alma humana; que el hombre tenia la misma razon que Dios para menospreciar todo lo que es reputado por precioso en la tierra, porque es eterno como Dios, y sobrevivirá con él al trastorno de todas las fortunas, de todas las prosperidades y de todos los principados: Jesucristo, vuelvo á decir, manifestándose á nosotros, cercado de todo el resplandor y embe-